

Dr. Virgilio Paredes Borja

Sub-Decano de la Facultad de Medicina

La Facultad de Medicina de Quito (1.693 - 1.956)

Inspiradores, constructores y maestros han venido modelando el progreso de la Facultad de Medicina de Quito en sus doscientos sesenta y dos años de existencia.

El ingenio, la capacidad organizadora y la vocación docente, puestas al servicio de la Universidad Central del Ecuador, han logrado descubrir nuevas orientaciones, planificar con acierto, enseñar con claridad, y, mas que todo, dejar huellas de su personalidad en los discípulos, distinción que solo alcanza el verdadero maestro.

Como en toda la historia del progreso humano, contadas épocas, señalados hombres y cuerpos representativos son los que han intervenido, rejuveneciendo cuerpos directivos, señalando nuevos rumbos, abandonando inútiles conceptos que a nada venían conduciendo y poniéndose a tono con el pensamiento y tendencias de la época.

Fray Ignacio de Quesada fué el iniciador. Un iniciador es un descubridor, observa las necesidades de su tiempo y elige cuidadosamente las que deben ser atendidas y resueltas.

A fines del Siglo XVII habían contados médicos en Quito, todos extranjeros, y una frondosa patología local con epidemias que acababan con sus todavía escasos pobladores. El Padre Quesada supo ver con claridad que en la preparación universitaria no hacían tanta falta teólogos, canonistas, retóricos y latinistas sino médicos. Interesó a su comunidad y organizó, con su ayuda, en la Real Universidad de Santo Tomás de Aquino de la Orden de Predicadores de Quito, fundada en 1.688, una Facultad de Medicina con su plan de estudios de tres años y dos catedráticos.

El Padre Quesada y Fray Bartolomé García buscaron y consiguieron el apoyo del Alférez Don Pedro de Aguayo, el primer benefactor de la Facultad, con la donación de seis mil pesos para su fundación y una veaca de un mil.



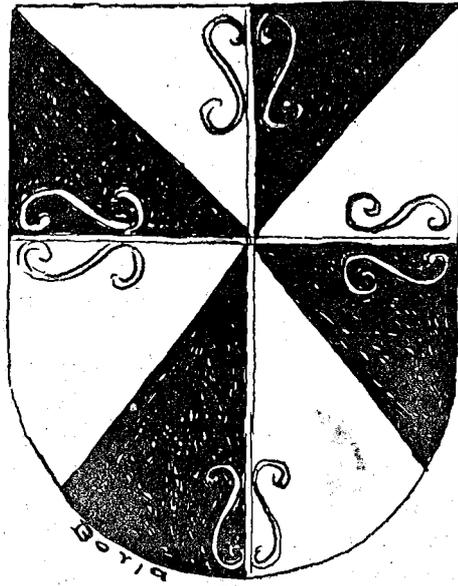
ALFEREZ DON PEDRO DE AGUAYO PRIMER BENEFADOR DE LA FACULTAD
Estampa retrospectiva

El benemérito dominicano hizo arreglar aulas en el edificio universitario de la actual Plaza Sucre, organizó su escasa docencia, formuló un plan de trabajo y consiguió poner en marcha la flamante Facultad en 13 de abril de 1.693, fecha memorable, iniciándose, gracias a él, los estudios médicos en el Ecuador, de los cuales fué inspirador, fundador y sagaz organizador.

Cuando Fray Ignacio de Quesada y Fray Bartolomé García fundaron la Facultad de Medicina de Quito calcularon las dificultades que tenían que afrontar. Arreglaron la docencia con dos profesores y cuando vino la integración de tribunales de fin de año se encontraron con la imposibilidad de completarlo, teniendo que recurrir a un teólogo para tercer miembro. No calcularon que podrían quedarse sin alumnos, como así pasó a los pocos años, teniendo que sufrir interrupciones, por la poca afición de la juventud a las disciplinas científicas, en un siglo en el que la especulación teórica, la discusión y el dogma dominaban los conocimientos y el acervo cultural de los estudiosos. Y lo del dinero aumentó las dificultades, la donación del Alférez Don Pedro de Aguayo no pudo recaudarse, porque sus bienes fueron rematados por los acreedores, luego de su muerte, no alcanzando sino para cubrir deudas. Los iniciadores de los estudios médicos en el Ecuador supieron ver muy clara la necesidad de formar médicos, que buena falta que hacían, mientras sobraban enfermos sin atención, intentaron superar al medio social en que vivían y trabajaron con afán y perseverancia ejemplares, dignos de elogio y recordación para la Facultad de Medicina de Quito, que fundaron en fecha memorable y conmemorable. Seis años después, según datos de Gualberto Arcos, se pueden encontrar los nombres de los primeros graduados, Don Diego de Herrera graduado de Licenciado en Medicina el 5 de julio de 1.694 y de Doctor el 8 de agosto del mismo año y el Licenciado Don Diego de Cevallos graduado de Doctor en la misma fecha. Los primeros catedráticos fueron religiosos, se supone que médicos o estudiosos de la medicina: el Doctor Don Antonio Montes de Oca y el doctor Don Juan de Alvarado, en 1.699 se añade un tercer Profesor, Fray Phelipe de los Angeles.

A partir de 1.746 la cátedra parece que estuvo cerrada por dos años, en 1.750 hubo otra interrupción y en 1.753 no hay sino un alumno, que luego se queda sin el único profesor que subsistía, el Doctor Don Francisco Bentboll.

Sin dineros, con interrupciones, muchas veces sin alumnos y algunas sin catedráticos, la Facultad de Medicina de los frailes dominicanos supo mantenerse, perseverar, hacer frente a las dificultades del medio social y seguir afanosamente el elevado y



INSIGNIA DE LA REAL UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE AQUINO,
fundada en 1.698.—Dibujo tomado de un lienzo de la época.

noble propósito de sus fundadores, varones ejemplares, mas que por su ilustración, que la tuvieron, por su poderosa capacidad de vencer obstáculos, salvar dificultades, imponerse y fundar.

El proyectista fué el Obispo Monseñor José Pérez Calama, hombre ingenioso y observador, estudiado en Salamanca, de la que no guardó gratos recuerdos, cuando escribe: "Yo sufrí, por la mala educación y leche corrompida con que me criaron en Salamanca. No tuvieron la culpa mis maestros, porque entonces era epidemia estudiar cosas inútiles y ridículas. La ciencia que no conduce al hombre a obrar bien en si y en sus prójimos, es ciencia vana, e inútil, según expresión de San Bernardo" — La transcripción nos enseña el juicio certero de Monseñor Pérez Calama, aquello de estudiar "cosas inútiles y ridículas" que hasta hoy no acabamos de desempolvarnos, y el hondo sentido humano con que Monseñor concibe la labor de enseñar.

Como todos los personajes ilustrados de su tiempo, el Obispo Pérez Calama tenía conocimientos enciclopédicos. Aficionado a la medicina, escribió y publicó un opúsculo titulado "TRATAMIENTO DEL GALICO POR LAS LAGARTIJAS". Fué un innovador de los estudios universitarios, y de los de medicina, con su "PLAN SOLIDO UTIL FACIL Y AGRADABLE DE LOS ESTUDIOS Y CATEDRAS QUE CONVIENE PONER EN EJERCICIO DESDE EL PROXIMO CURSO DE 1.791 - 1.792 EN LA REAL UNIVERSIDAD DE SANTO TOMAS DE AQUINO DE ESTA CIUDAD DE QUITO.—En la enumeración de Cátedras del Plan está: Cátedra de Medicina por el Hipócrates Español Solano de Luque.—Una cátedra y dos médicos.—Con sus juiciosas observaciones, el PLAN trata de simplificar y racionalizar los estudios médicos, que tuvieron mas interés en la discusión teológica y dógmática que en la observación de la naturaleza. Cuestiones de los tiempos, así anduvieron las cosas en España y así fueron trasladadas a Quito por los fundadores de la Facultad, y, como en todo lo que significa traslado de cultura y técnica, aquí se agravaron y deformaron, como pasa en toda sociedad en formación que recibe los principios de una vieja cultura, que no todo pudo ni debió adaptarse al medio ni a la manera de ser y aptitudes del pueblo al que se lleva el trasplante, por mas realista, lógico y beneficioso que este haya demostrado ser en su órbita original.

Para nosotros, el PLAN señala el comienzo de un afán de trasplante que luego vino sucediéndose con intermitencias mas frecuentes, dejándonos muchos beneficios pero también graves defectos y hasta vicios, de los que no hemos podido despojarnos. El afán innovador comenzó a transformarse en un alud arrollador a fines del siglo pasado, imitando a Francia en lugar de la vieja España colonial, desde 1910 se trataba de imitar lo alemán en estudios, técnicas y progreso asistencial, y, desde la segunda guerra mundial, la imitación a Norteamérica ha tomado caracteres inquietantes de devastación de todo lo existente. Casi todo el que viene de Norteamérica trata, en mas o en menos, de señalar nuevas pautas, nuevos métodos y nuevas costumbres a nuestra Facultad, convenga o no a nuestra manera de ser, a nuestras costumbres, a nuestros medios materiales, y, marchen o no bien las cosas, el alud innovador es incontenible. De idéntica situación se quejaba con razón Ortega y Gasset en las Universidades españolas contemporáneas, con los mismos resultados

que en nuestra Facultad de Medicina. Hubo formas de estudio, de exámenes y de graduaciones que estuvieron bien y marcharon bien, con ligeros toques modernizantes en sus detalles, mejor habríamos hecho conservándolas. Muchas veces la innovación más fué cuestión de gustos e intereses docentes, como ha pasado con la Cátedra de Anatomía Descriptiva, que cuando se fundó se cursaba en un año; Espejo propuso mas interés en una materia que con toda razón la consideraba fundamental y descuidada; en la Facultad de comienzos de la República tiene un profesor solo para esta materia, el primero de la cátedra, el doctor José Marzana, la Facultad bajo el liberalismo de Alfaro (1.895), con certero juicio, impone los estudios de Anatomía Descriptiva en dos años, en 1.918 se vuelve a reformar en sentido de que sea en un año, a los cuatro años se ve la inconveniencia y se resuelve el retorno a los dos años y en 1948 nueva innovación, que sea como en Norteamérica, en el un año que señalaron los fundadores de la Facultad de Medicina de Quito hacen doscientos sesenta y tres años. Con la licenciatura, prueba y título tan español y acomodado a nuestra manera de ser y ejercer la medicina, como lo han comprendido los mexicanos, hubo el afán primero deformador, porque no se la conservó como un título con el que se facultaba el libre ejercicio de la medicina, sino como una prueba obligada para entrabar al estudiante e impedirle en lo posible que se gradúe y ejerza su profesión, y luego supresor, porque en norteamérica no hay licenciados no encontraron razón para que nosotros los tengamos. La prueba previa a la investidura de Doctor en Medicina obligaba a una cuidadosa preparación, pomposa y de complicado ceremonial en las Universidades de San Gregorio el Magno y Santo Tomás de Aquino, la colocación de anillo y birrete a los graduados fué una festividad y un espectáculo impresionante, bien estuvo cuando la dejaron como una solemne y exigente prueba pública que imponía preparación al alumno, tanto por saber como por no quedar mal ante amigos, familiares y condiscípulos, acabó por transformarse en una privada discusión de tesis y una pública promoción a la norteamericana, en la que con toda seriedad se lee el arcaico e inoperante Juramento de Hipócrates, transformado por los moralizadores contemporáneos. Un sonoro e histórico nombre conservamos: **Facultad de Medicina de Quito**, los reformadores no pensaron lo mismo, hablaron de innovar, progresar y modernizar y

nos bautizaron de Facultad de Ciencias Médicas, como si renunciar el abolengo que da el nombre fuera una imprescindible reforma.

Espejo fué el analista y orientador, cuando en 1.795, un siglo mas tarde, según leemos en las "Reflexiones", hizo una severa y verídica crítica de la enseñanza médica de su tiempo, plagada de escolasticismo y especulación dogmática. Señaló sus defectos, habló de que el médico no debe formarse solo en los libros sino, mas que en ellos, observando al enfermo, como él se había formado. Indicó un plan de estudios, inspirado en las enseñanzas de Sydenham y fué el primero entre nosotros que defendió que la Anatomía, ciencia fundamental, necesitaba una cátedra aparte.

Pasaron los tiempos, la Facultad de Medicina de Quito vivió una lánguida y con frecuencia interrumpida existencia, entre las luchas por la independencia y fundación de la República, hasta 1.837, en que Rocafuerte resuelve hacer construir un ANFITEATRO ANATOMICO. Y vinieron los organizadores de un nuevo orden de enseñanza y los constructores: Etienne Gayraud y Dominique Domec, traídos por el Presidente García Mo-



QUITO—PLAZA DE SANTO DOMINGO, HOY PLAZA SUCRE. A LA IZQUIERDA: edificio que fue de la Real Universidad de Santo Tomás de Aquino y en el que se fundó la Facultad de Medicina de Quito.

reno con la misión de organizar una Facultad de Medicina del estado que se ponga a tono con la época, llegan a Quito en 1.873, formulan proyectos, redactan un plan de estudios y señalan la fundamental necesidad para poder modernizar la Facultad de Medicina de Quito: construir, antes que nada, el ANFITEATRO ANATOMICO en donde se enseñe el abecedario del arte de curar, y así se edifica el Anfiteatro de la calle García Moreno, la primera obra material de la Facultad, reconstruido en 1.891 por el Padre Juan Bautista Menten y ampliado en 1.915, que ha servido hasta nuestros días y donde se han formado generaciones de médicos durante 81 años.

Desde aquellos tiempos, nada se vuelve a edificar, hasta que un Rector sagaz y comprensivo, un Consejo Universitario laborioso y bien dotado, un Decano de la Facultad de Medicina interesado en el progreso de sus representados y un atinado Consejo Directivo de la Facultad, dan nuevas orientaciones, se hacen cargo de la mas urgente necesidad para iniciar el nuevo progreso de la enseñanza médica y resuelven edificar el INSTITUTO DE ANATOMIA inaugurando en 8 de Octubre de 1955. Supieron escuchar, siempre cordiales y benévolos, nuestras personales peticiones, pacientes y fervorosas, iniciadas desde 1949. A nuestro primitivo proyecto y croquis de 17 de abril de 1951 se lo presta atención y el 8 de diciembre del mismo año, con el Señor Decano y el Señor Presidente del "Comité Pro Construcción del Anfiteatro" se nos comisiona para que estudiemos e informemos todo lo relacionado con la proyectada obra.

Ayudados por los catedráticos de Anatomía, por el Comité organizado por los alumnos el 11 de diciembre de 1951 y por el Club de Estudiantes de Medicina fundado el 28 de abril de 1953, no hemos cesado todos en nuestras gestiones, hasta ver terminado el edificio y dictado sus Reglamentos.

Sin gestos teatrales ni frases declamatorias, los dignatarios y cuerpos representativos que han intervenido en la planificación y edificación de esta casa, a la obra fueron, con el "RES GESTAE", las "cosas hechas" de los romanos, porque sin edificio y sin implementos la preparación de alumnos se volvía un imposible físico que había que salvar, inmediata, premiosamente. Les ha tocado ser los organizadores y constructores contemporáneos, en el ya viejo historial de la Facultad de Medicina de Quito.

Comenzando por lo fundamental, como pensaron Espejo y Gayraud, la enseñanza de Anatomía, nos han dado un edificio con comodidades, conforme a todo lo que se ha podido disponer dentro de nuestra bien flaca economía, con sus amplias aulas y sala de disección, con su luminoso patio alegrado por el espejo de agua, y, para que nada falte, para deleite de contemplativos y amantes de la naturaleza, un hermoso paisaje de montaña que puede admirarse desde el corredor de los cancelos: las estribaciones del Pichincha, grandiosa arquitectura natural como para servir de modelo a la compacta, vital y estructurada pintura de Paúl Cézanne.

Como padecemos de sentimentalismo, cuando abandonamos personas o cosas dejamos fragmentos de nuestra vida. Con amargura dictamos la última clase en el viejo Anfiteatro en donde aprendimos, en aquella aula desmoronada y añosa en la que "toda incomodidad tuvo su asiento", como alguna vez dijimos, repitiendo lo que Cervantes escribió de la cárcel en que le tuvieron encerrado.

La Facultad de Medicina de Quito ha venido esforzándose en cumplir con una de sus finalidades: formar profesionales. Es hoy una escuela profesional, misión difícil y complicada que para cumplirla como es debido necesita ordenación administrativa, disciplinado régimen de vida docente y de los alumnos, relaciones de alumno a maestro fundadas en la autoridad científica e intelectual del profesor, en su conducta, en su capacidad de comprender, apreciar y resolver situaciones docentes y de la vida cotidiana. Ser maestro es algo para lo que se necesita vocación y dotes muy raros y formar discípulos no es solamente graduar profesionales brillantes, que dominan su arte, exponen y escriben, defienden y polemizan, sino formar discípulos con personalidad, aptos para enfrentarse con la vida, al mismo tiempo que hábiles en su arte, y, sobre todo, aquello que debe ser el gran orgullo de un verdadero maestro: imprimir en el discípulo los rasgos más elevados, desinteresados y nobles de su personalidad.

Desde hacen pocos años hay un afán de ordenación administrativa que promete halagadores resultados: vida estudiantil bien registrada, pruebas de capacitación debidamente arregladas, exi-

gencia en las obligaciones a cumplir, tribunales examinadores fijos que reciben las pruebas por sorteo, exigencia en las justificaciones de faltas a clases o a las pruebas trimestrales o finales, respaldado a la autoridad del profesor, libertad docente dentro de las normas estatutarias, y, sobre todo, empeño que se viva el estatuto y los reglamentos vigentes, porque por reglamentos, proyectos y buenos deseos no ha faltado, sino ha sobrado, lo que importa es su aplicación y su ejecución.

La ordenación de la vida docente no ha ofrecido dificultades: la Facultad ha contado con un profesorado calificado, laborioso y hasta abnegado, pero su actual forma de trabajo tiene que modificarse, según muchas veces se ha enunciado en informes de las autoridades; las materias fundamentales tienen que ser atendidas a tiempo completo, sin otras labores particulares; para las otras materias habría que establecer el medio tiempo, con solo el derecho al ejercicio profesional. Como ya nadie discute sobre aquello muy lindo en teoría del apostolado del maestro, en lo económico se entiende, el profesor necesita otra remuneración, otras comodidades de vida, otros alicientes y ventajas, no líricas ni honoríficas sino contantes y sonantes. Con la conservación del actual régimen de trabajo docente, con profesores que reciben sueldos simbólicos y tienen que trabajar en otros cargos y empresas particulares y ejercer la profesión, no vamos a poder nunca alcanzar ni es humano exigir mayor dedicación, mayores afanes ni mas abnegación que la que se puede exigir. No vamos a esperar un comportamiento monástico ni un martirologio en docentes mal pagados y siempre olvidados.

Como primera necesidad material hay que atender a la edificación de la ESCUELA DE MEDICINA DE QUITO. Estudios, planos y financiación fué obra del Decano doctor Teodoro Salguero Zambrano, secundado por el H. Consejo Directivo. Y hay que pensar en el Hospital de la Facultad, sin el que no hay Escuela de Medicina posible. Se puede financiar gran parte de la vida de la Facultad con las rentas del Hospital, dirigido y atendido por sus profesores, con renta a tiempo completo, con sus alumnos, con sus enfermeras, con su personal especializado. Puede hacerse una casa de salud de prestigio y confianza, un gran centro de diagnóstico y tratamientos que consiga la confianza del público, gane su afecto, que mucho lo necesitamos, porque solo así, con obra social, cobraremos prestigio, respeto, dignidad, cree-

rán en nuestra obra docente, científica y humana, tendremos benefactores y ayuda ciudadana, evitaremos los atropellos de los poderosos y las ambiciones de los audaces y solo así podremos cumplir con nuestra primera obligación: formar profesionales en medicina general, formar especialistas con cursos para egresados, resolver consultas técnicas en asuntos médicos, servir a los ciudadanos que sostienen la Facultad y solo entonces habrá llegado el momento de cumplir con nuestra segunda misión: la investigación científica, organizándola con modestia, eligiendo bien los campos de exploración, seleccionando el personal, dotán-



GRAN AULA DEL INSTITUTO DE ANATOMIA

Sesión Solemne del Club de Estudiantes de Medicina, conmemorando la fundación de la Facultad de Medicina de Quito.—De izquierda a derecha:

Doña Elba Moreno Mora SEÑORITA UNIVERSIDAD.— Don Helio Vorbeck representando a CERVECERIA Y MALTERIA VICTORIA, benefactora del Club.— Doña Milred Ferrin Solórzano SEÑORITA MEDICINA.— Doctor don Miguel Angel Arauz J., Decano de la Facultad de Medicina.— Doctor don Alfredo Pérez Guerrero, Rector de la Universidad Central que presidió la sesión.— Doctor don Virgilio Paredes Borja, Sub Decano de la Facultad de Medicina y Presidente Honorario del Club de Estudiantes de Medicina, leyendo el DISCURSO DE ORDEN.— Don Washington Orlando, Presidente de la Asociación Escuela de Medicina y don Jorge Burbano, Presidente del Club de Estudiantes de Medicina.

—Foto Erazo U. C. —

dole de locales, instalaciones, bibliotecas especializadas, conexiones internacionales.

Alguna vez dijimos: "Sin atmósfera propicia no vamos a esperar que asomen los investigadores heróicos que cumplan con la tercera misión fundamental de la Universidad. Tampoco vamos a esperar que el docente haga de investigador, antes por el contrario, se ha visto que el investigador hace de muy mal docente. Lo uno es ciencia, lo segundo es arte. Los núcleos de investigadores deben guardar conexión con los docentes, pero no integrar la docencia, salvo contadas excepciones".

Y hablando de docencia también dijimos: "No es multiplicando cátedras con nuevas asignaturas que se llenan sin límite ni medida, con profesores principales, agregados, auxiliares y toda una corte de ayudantes, a imitación de las Universidades que disponen de un gran presupuesto, no es así como vamos a conseguir que se cumpla la segunda misión de la Universidad que es la de enseñar profesiones". Veinte y cuatro asignaturas bastan para la enseñanza médica en Facultades de Medicina de prestigio mundial, nosotros conservamos treinta y cuatro y hemos tenido que reformar horarios de hasta 36 clases magistrales a la semana, en cursos en los que 18 docentes y encargados dictaban clases magistrales a 46 alumnos.

La gran hazaña del profesor es la de conseguir una imborrable impresión en sus alumnos, que perdure su recuerdo, grato, amable, orientador, no en la sola disciplina que aprendimos de él sino en su actitud frente a la vida.

La cultura griega se distinguió por el culto a los maestros. Los escépticos discípulos de Pirron pusieron en duda la muerte del maestro, defendieron y probaron que estaba vivo, porque el genio es inmortal; Epicuro veneró la memoria de su maestro Demócrito, "el filósofo sonriente", en aquellos felices tiempos en que los filósofos sonreían; los epicuristas de la primera época, que mantuvieron pura la doctrina de su austero maestro, llegaron a venerarlo como a un Dios.—Hablando de la Facultad de Medicina de Quito, nos viene a la memoria el recuerdo del maestro que nos distinguió con su amistad y nos guió en la iniciación del arte de curar, el PROFESOR GUILLERMO ORDÓÑEZ, uno de los mas despejados talentos y desinteresados profesantes que han lucido la cátedra.—De él solo podemos repetir lo que Jenofonte dijo de

Sócrates, su maestro inolvidable: "Cuando considero la sabiduría y nobleza de carácter de aquel hombre veo que es imposible olvidarlo, y cuando recuerdo, no puedo contenerme de alabarlo".

No se conserva iconografía de los fundadores de la Facultad de Medicina de Quito. Para mantener su recuerdo podríamos pensar en un gran mural del historial de nuestra Facultad, que decore el Salón de Honor en la Escuela de Medicina que se proyecta edificar y en el que el artista del retrato retrospectivo pinte las figuras de Fray Ignacio de Quesada, Fray Bartolomé García y la del primer benefactor Alférez Don Pedro de Aguayo.

Mantengamos el recuerdo de la Orden de Predicadores de Quito, que organizó la Real Universidad de Santo Tomás de Aquino y fundó nuestra Facultad en fecha memorable. —13 de abril de 1.693—. Recordamos a los maestros y cuerpos directivos que contribuyeron con su saber y con sus obras al progreso de la enseñanza médica.

Dice la moderna filosofía existencialista: "el pasado no es solo algo traspuesto y arrumbado, sino algo que como recuerdo, forma y determinación, actúa sobre el presente. Así es como el momento de existir tiene en cierto modo tres dimensiones, abraza al mismo tiempo en su estructura el presente, el pasado y el futuro".